

sas invenciones de la fantasía oriental; *fabliaux* licenciosos sobre el matrimonio y sobre los frailes, cuentos alegóricos ó morales, la fábula del *Gallo y la Gallina*, la enumeración de los grandes infortunados: Lucifer, Adán, Sansón, Nabucodonosor, Zenobia, Creso, Ugo-lino, Pedro de España. Corto, porque hay que abreviar. Chaucer es como un joyero, con las manos llenas: perlas y cuentas de vidrio, diamantes refulgentes, ágatas vulgares, negros azabaches, rosas de rubíes; cuanto la historia y la imaginación han podido recoger y tallar durante tres siglos en Oriente, en Francia, en el país de Gales, en Provenza, en Italia; cuanto ha rodado hasta él machacado, roto ó pulimentado por la corriente del tiempo y por el gran revoltillo de la memoria humana, lo tiene á mano y lo arregla, componiendo con todo un vistoso aderezo de mil facetas, que por su brillo y sus contrastes puede atraer y satisfacer los ojos más ávidos de recreo y novedad.

IV

Hace más. El desenfreno universal de la curiosidad inmoderada exige goces más refinados, que sólo pueden satisfacer la fantasía y el ensueño; no la fantasía profunda y reflexiva de un Shakespeare, ni el ensueño apasionado y meditado de un Dante, sino el fantasma y la quimera de los ojos, de los oídos, de todos los sentidos exteriores que, en poesía como en arquitectura, reclaman singularidades, maravillas, desafíos empeñados y ganados contra lo razonable y lo probable, y

que no se sacian sino con el hacinamiento de cosas deslumbradoras. Cuando miráis una catedral de la época, sentís un movimiento de temor. Falta la sustancia: los muros rasgados para dejar su puesto á las ventanas, el labrado artificio de las puertas, el vuelo prodigioso de las delgadas columnillas, las frágiles sinuosidades de los arcos, todo amenaza; se ha retirado el apoyo para ceder su puesto al ornato. Sin el sostén exterior de los contrafuertes, y sin la ayuda artificial de los grapones de hierro, el edificio se hubiese desplomado al primer día; con eso y con todo, se desmorona en tales términos, que hay que tener á mano colonias de albañiles para combatir de continuo su continua ruina. Pero los ojos se pierden siguiendo las ondulaciones y espirales de su infinita filigrana; el rosetón flamante de la portada, y las pintadas vidrieras, derraman matizada luz sobre las sillas esculpidas del coro, sobre el oro y la plata del altar, sobre las procesiones de capas adamascadas y resplandecientes, sobre la profusión de estatuas escalonadas; y á esa luz violada, con esa púrpura vacilante, entre esas flechas de oro que traspasan la sombra, el edificio entero parece la cola de un pavo real místico. Pues así también la mayoría de los poemas del tiempo carecen de fondo; á lo sumo si les sirve de sostén alguna vulgaridad moral: el poeta no se ha preocupado más que de poner á nuestra vista el brillo de los colores y la riqueza de las formas. Son *ensueños ó visiones*; hay cinco ó seis en Chaucer, y vais á encontrarlas en todo vuestro camino hasta el Renacimiento. Pero la exhibición es espléndida. Chaucer se ve transportado en sueños á un templo de cristal (1), sobre cuyos muros aparecen

(1) *The House of Fame.*

figuradas en oro todas las leyendas de Ovidio y de Virgilio: interminable desfile de personajes y de trajes semejantes al que en las vidrieras de las iglesias ocupa entonces los ojos de los fieles. De pronto una gran águila de oro, que se cierne cerca del sol y reluce como un carbunclo, baja con la rapidez del rayo y le arrebató en sus garras hasta más arriba de las estrellas, para dejarle después delante del palacio de la Fama, palacio resplandeciente de berilo, con brillantes ventanas y erguidas torrecillas, situado en el remate de un alto peñón de hielo casi inaccesible. Toda la parte Sur estaba cubierta de nombres grabados de hombres famosos, pero el sol los derretía continuamente. Por la parte Norte, los nombres, mejor resguardados, permanecían íntegros. En las torrecillas aparecían ministriles y juglares con Orfeo, Arión y los grandes arpistas; detrás de ellos infinidad de músicos con bocinas, flautas, cornamusas y zampoñas, cuyos sonidos llenaban el aire; por fin todos los encantadores, mágicos y profetas. Entra el poeta, y en un alto salón revestido de oro con realces de perlas, sobre un trono de carbunclo, ve sentada una mujer, «una grande y noble reina», entre una multitud infinita de heraldos cuyas bordadas túnicas ostentan las armas de los caballeros más famosos del mundo, y oye el son de los instrumentos y de la melodía celeste que entonan Callione y sus hermanas. Desde el trono hasta la puerta se extiende una fila de pilares, sobre los cuales se ven los grandes historiadores y los grandes poetas: Josefo sobre un pilar de plomo y de hierro; Estacio sobre un pilar de hierro tinto en sangre; Ovidio sobre un pilar de cobre; luego, en un pilar más alto que los otros, Homero, y también Tito Livio, Dares, Guido Colonna, Godofredo de Monmouth y los demás histo-

riadores de la guerra de Troya. ¿Hay que acabar de transcribir esa fantasmagoría en que la erudición acumulada deslució la invención pintoresca, y en que el tono festivo delata muchas veces que la visión no es más que un entretenimiento voluntario? El poeta y su lector se han representado durante media hora salas adornadas y animadas muchedumbres; al través del diáfano y dorado vapor que se complacían en seguir, ha corrido un tenue hilillo de ingenio. Basta: se han distraído con sus ilusiones fugitivas, y no piden más.

V

En medio de ese libertinaje del espíritu, entre esas exigencias refinadas y esa exaltación insaciable de la imaginación y de los sentidos, existía una pasión, el amor, que, concentrándolas todas, se había desenvuelto hasta lo sumo, y revelaba en compendio el encanto enfermizo, la profunda y funesta exageración que caracterizan á esa edad, y que más tarde reproducía la civilización española, floreciendo y pereciendo. Hacía tiempo que las cortes de amor habían formulado su teoría en Provenza. «Toda persona que ama, decían, palidece á la vista de la que ama. Toda acción del amante termina por pensar en lo amado. El amor no puede negar nada al amor (1).» Tal afán de la sensación extremada había conducido á los éxtasis y transportes de Guido Cavalcanti y de Dante, y se vió nacer en Languedoc una secta de ilusos, los

(1) Andrés el Capellán, en 1170.